

de «interpretación»; esta disertación es el comentario de un aforismo. Verdad es que para elevar así la lectura á la dignidad de «arte» es menester ante todo, poseer una facultad hoy muy olvidada (por eso ha de pasar mucho tiempo antes que mis escritos sean «legibles») una facultad que exige tener la cualidad de una vaca, y no la de un «hombre moderno»: quiero decir, la facultad de *rumiar*...

Sils-Maria. Oberengadin.

Julio, 1887.

PRIMERA DISERTACION

«Bien y mal», «Bueno y malo.»

1. Estos psicólogos ingleses á quienes debemos las únicas tentativas que hasta hoy fueron hechas para constituir una historia de los orígenes de la moral, nos presentan en sus personas un enigma importante; y confieso que estos enigmas encarnados tienen sobre sus libros la ventaja capital de ser *interesantes*. ¿Qué quieren, en suma, los psicólogos ingleses? Siempre los hallamos en la misma tarea, dedicados á poner en evidencia la *parte vergonzosa* de nuestro mundo interior, y á buscar el principio activo, conductor, decisivo, de la evolución, precisamente allí donde el orgullo intelectual del hombre, esperaba menos hallarle, (por ejemplo en la *vis inertiae* del hábito, ó en la facultad del olvido, ó en un entrelazo y engranaje ciego y fortuito de las ideas, ó, finalmente, en algo puramente pasivo, automático, reflejo, molecular, y fundamentalmente estúpido). ¿Qué es lo que empuja á los psicólogos en esta dirección? ¿Será algún instinto secreto y pérfido de empequeñecer al hombre? ¿Será, por ventura, una suspicacia pesimista, ó la desconfianza del idealista desilusionado y triste, todo hiel y vinagre? ¿Será tal vez cierta hosti-

lidad subterránea contra el cristianismo (y Platón), cierto rencor inconsciente? ¿O será quizá una perversa afición á las excentricidades, á las paradojas, á las incertidumbres y absurdos de la existencia? O finalmente, ¿será un poco de todo esto, un poco de villanía, un poco de amargura, un poco de anticristianismo, un poco de gusto por la pimienta?... Pero me aseguran que no son más que unas ranas, viscosas é importunas, que saltan y se meten en el pecho del hombre, como si allí estuvieran en su elemento, en un lodazal. Yo rechazo esta idea; yo deseo de corazón que sea todo lo contrario,—deseo que estos investigadores, que estudian el alma al microscopio, sean criaturas valientes, generosas y dignas, que sepan refrenar su corazón y sacrificar sus deseos á la verdad, á toda verdad, aun á la verdad sencilla, áspera, sucia, repugnante, anticristiana é inmoral... Porque tales verdades existen.

2. Excelentes personas son estos historiadores de la moral. Pero es lo cierto que les falta el *espíritu histórico*, les falta la inteligencia del pasado. Tienen, según es vieja tradición en los filósofos, una manera de pensar esencialmente antihistórica: es indudable. La futilidad de su genealogía de la moral, aparece desde el primer paso, desde que se trata de precisar el origen del concepto «bueno.» «Al principio—dicen—las acciones altruistas fueron alabadas y reputadas buenas por aquellos á quienes eran *útiles*; más tarde se *olvidó* el origen de esta alabanza y se llamaron buenas las acciones altruistas por costumbre adquirida del lenguaje, como si fueran buenas en sí mismas.» Vedlo aquí: esta primera derivación presenta todos los rasgos típicos de la idiosincrasia de los psicólogos ingleses,—hallamos aquí «utilidad», «olvido», «costumbre»,

y por último «error»; y todo para servir de base á una apreciación que hasta el día de hoy parecía distinción y privilegio de los hombres superiores. Este orgullo debe ser humillado; esta apreciación debe ser despreciada. Para mí es evidente que esta teoría busca el origen del concepto «bueno» en un lugar donde no está: el juicio «bueno» no emana de aquellos á quienes se prodigó la «bondad.» Fueron los mismos «buenos», los hombres distinguidos, los poderosos, los superiores, quienes juzgaron «buenas» sus acciones; es decir «de primer orden»; estableciendo esta nomenclatura por oposición á todo lo que era bajo, mezquino, vulgar y populachero. Se arrogaron desde su altura el derecho de crear valores y determinarlos: ¡qué les importaba la utilidad! El punto de vista utilitario es lo más extraño é inaplicable cuando se trata de la fuente viva de las apreciaciones supremas que constituyen y distancian á los rangos sociales: fué el sentimiento, no la utilidad—y no en una hora de excepción, sino en todo tiempo. Lo repito: la conciencia de la superioridad y de la distancia, el sentimiento general, fundamental y constante de una raza superior y dominante, en oposición á una raza inferior y baja,—he aquí el origen de la antítesis entre «bueno» y «malo». (Este derecho de maestro para dar nombres, va tan lejos, que puede considerarse el origen mismo del lenguaje como un acto de autoridad que emana de los que dominan. Dijeron: «Esto es tal y tal cosa»; vincularon á un objeto, ó á un hecho, tal ó cual vocablo, y así quedó). De manera, que primitivamente la palabra «bueno» no significaba acciones «altruistas», como se figuran estos genealogistas de la moral. Fué más bien al declinar las apreciaciones aristocráticas cuando la antítesis «egoísta» y «desinteresado» («altruista») se

apoderó de la conciencia humana. Y era que el instinto de *rebaño* acabó por hallar su expresión. Y aún se pasó mucho tiempo hasta que este instinto viniese á dominar de tal manera que la evaluación moral quedara presa y sujeta en este contraste (como sucede, por ejemplo, en la Europa de hoy, donde esta preocupación reina ya con el carácter de idea fija y de una *afección cerebral*).

3. Mas aparte de que esta hipótesis carece de fundamento histórico, tampoco puede defenderse en el terreno de la psicología. Porque ¿cómo podría olvidarse tal origen? ¿Por ventura cesó jamás de existir la utilidad de los actos que se llamaron buenos? Muy al contrario: esta utilidad es experiencia cotidiana de todos los tiempos; por consiguiente, lejos de caer en el olvido, debía grabarse más y más en la conciencia. Mucho más lógica, aunque no más verdadera, es la opinión de Herberto Spencer, el cual reúne los conceptos «bueno» y «útil» como de esencia semejante; de suerte que la humanidad, por los juicios «bueno» y «malo», resumiría y sancionaría sus experiencias inolvidables acerca de lo que es útil y conveniente, ó inútil é inconveniente. Según esta teoría, es bueno aquello que en todos los tiempos se reveló como útil; y de ahí luego «su valor esencial». Esta tentativa de explicación es errónea; pero sensata y psicológica.

4. La indicación del verdadero método me ha sido dada por esta pregunta: ¿cuál es exactamente, según la etimología, el sentido de la palabra «bueno» en las diversas lenguas? Entonces descubrí que esta palabra en todas las lenguas se deriva de una misma transformación de ideas; descubrí que en todas partes la idea

de «distinción», de «nobleza», en el sentido de rango social, es la idea madre de donde nació y se desarrolla necesariamente la idea de «bueno» en el sentido de «distinguido en cuanto al alma», y la idea de «noble» en el sentido de «privilegiado en cuanto al alma». Y este desarrollo es siempre paralelo á la transformación de las nociones «vulgar», «plebeyo», «bajo», en la noción de «malo». El ejemplo más evidente de esta última metamorfosis es la palabra alemana «*schlecht*» (malo), que es idéntica á la palabra «*schlicht*» (simple); compárese «*schlechtrweg*» (simplemente), «*schlechterdings*» (absolutamente), y que en su origen designaba al hombre simple, al hombre plebeyo. En la época de la guerra de los treinta años fué cuando este significado vino á ser lo que es hoy. Hay aquí un hecho que me parece *esencial* desde el punto de vista de la genealogía de la moral; «si tardó tanto en comprobarse, fué por la influencia que ejerce en el mundo moderno el prejuicio democrático, poniendo obstáculos á toda investigación referente á los orígenes. Y esto aun en el dominio que parece más objetivo, en el de las ciencias naturales y de la fisiología. Para juzgar de la influencia de este prejuicio, basta recordar el famoso caso de Buckle; el *plebeísmo* del espíritu moderno, siendo de origen inglés, invadió una vez más su suelo natal con toda la violencia eruptiva de un volcán.

5. Por lo que concierne á *nuestro* problema (problema *íntimo*, pues me dirijo á unos pocos), importa observar que á través de las palabras y raíces que significan «bueno», se transparenta el matiz principal por el cual los «nobles» teníanse por hombres de un rango superior. Verdad es que en la mayor parte de los casos tomaron su nombre de la superioridad de su poder